

EL METODO CONDUCTISTA EN LA CIENCIA POLITICA

(EPITAFIO PARA UN MONUMENTO ERIGIDO A UNA
PROTESTA CON EXITO)

La característica más sorprendente del «método conductista» (*behavioral approach*) en la ciencia política es la ambigüedad del término mismo, así como la de sinónimo «comportamiento político» (*Political behavior*). En realidad, el «método conductista» se parece bastante al monstruo de Loch Ness: cualquiera puede decir con suficiente confianza lo que no es, pero es difícil afirmar lo que *es*. Juzgando por informaciones periodísticas que aparecen de tiempo en tiempo, sobre todo poco antes de comenzar la temporada turística veraniega, puedo suponer que el monstruo de Loch Ness no es «Moby Dick», ni el pececillo de colores de mi hija, que desapareció tragado por el sumidero doméstico hace diez años. Tampoco puedo afirmar que sea una yola a ocho de un equipo americano encabezando la regata de Henley. Continuando en esta línea de pensamiento, considero que el «método conductista» no es el del filósofo especulativo, ni el del historiador, el legalista o el moralista. Por lo tanto, ¿qué es entonces? ¿Existe en realidad?

I

Aunque no pretendo conocer la historia completa del «método conductista», una pequeña investigación revela que su aparición ha sido señalada desde el principio por una serie de interpretaciones confusas e incluso contradictorias. Las primeras observaciones que, dentro de las turbias aguas de la ciencia política, se realizaron sobre el fenómeno variamente denominado comportamiento político, método conductista o investigación del comportamiento (*Behavioral [ist] Research*), ocurrieron evidentemente en la década de 1920. Parece ser que el término «comportamiento político» fué utilizado

por los científicos políticos americanos a partir de la Primera Guerra Mundial (1).

Sin embargo, el honor de haber adoptado por primera vez tal término como título de un libro parece corresponder no a un científico de la política, sino al periodista americano Frank Kent, que publicó en 1928 la obra titulada *Political Behavior. The Heretofore Unwritten Laws, Customs and Principles of Politics as Practised in the United States* (2). Para Kent, el estudio del comportamiento político representaba el cínico «realismo» del periodista de mente encallecida que informa de las cosas en la forma en que «realmente» suceden, no en la forma en que se supone que suceden. Este sentido, debo decirlo, tiene vida frecuente, incluso en la actualidad. A pesar de todo, Herbert Tingsten rescató el término para la ciencia política en 1937 al publicar su obra *Political Behavior: Studies in Election Statistics*, que tuvo carácter de precursora. No obstante el hecho de que Tingsten era sueco y de que su obra trataba de las elecciones europeas, el término se identificó de forma creciente con la ciencia política americana.

El rápido florecimiento del método conductista en los Estados Unidos se debió sin duda a la existencia de ciertas actitudes y predisposiciones clave engendradas por la cultura americana: pragmatismo, realismo, confianza en la ciencia, etc. (3). Pero no puede dejar de mencionarse la existencia también de seis poderosos estímulos interrelacionados de carácter específico.

Uno fué Charles E. Merriam. En su discurso presidencial a la American Political Science Association, en 1925, dijo:

«Algún día adoptaremos quizá un ángulo de observación *distinto del formal, como sucede en otras ciencias*, y empezaremos a considerar el comportamiento político como uno de los objetos esenciales de estudio» (4).

En la década siguiente, y bajo la dirección de Merriam, en la Universidad de Chicago, el Departamento de Ciencia Política se convirtió en el centro de lo que más tarde se llamaría «método conductista». Un grupo de

(1) DAVID EASTON: *The Political System*. 1953; pág. 203.

(2) Descubrimiento que debo a mi colega FRED GREENSTEIN.

(3) Cfr. BERNARD CRICK: *The American Science of Politics, Its Origins and Conditions*. Londres, 1959.

(4) «Progress in Political Research», en *American Political Science Review*, febrero 1926; pág. 7, citado en la obra de DAVID B. TRUMAN: «The Implications of Political Behavior Research, *Items*. Social Science Research Council, diciembre 1951; página 37.

científicos de la política, que luego serían ampliamente considerados como líderes de la introducción del método conductista en la ciencia política americana, fueron miembros de Facultad o estudiantes graduados en el Departamento de Merriam; por ejemplo, Harold Lasswell, V. O. Key, David Truman, Herbert Simon y Gabriel Almond, todos los cuales estuvieron en el Departamento de Merriam en Chicago antes de la Segunda Guerra Mundial; Lasswell como miembro de Facultad, y los demás, como estudiantes graduados.

Una segunda fuerza estuvo representada por la llegada a los Estados Unidos en la década de 1930 de un número considerable de estudiantes europeos, particularmente refugiados alemanes, que trajeron consigo un sentido sociológico de la política que reflejaba marcadamente la influencia específica de Max Weber y del ideario sociológico europeo en general. La ciencia política americana ha estado siempre bajo la influencia de Europa. Los americanos no sólo han interpretado a menudo sus propias instituciones políticas a la luz de la ayuda recibida de simpáticos europeos, como De Tocqueville, Bryce y Brogan, sino que los escolares americanos tienen deudas concretas con los estudiantes europeos. La primera cátedra universitaria americana dedicada a la ciencia política (en realidad, a la Historia y Ciencia Política), creada en Columbia en 1858, fué ocupada por el refugiado alemán liberal Francis Lieber. En la segunda mitad del siglo XIX, muchos de los más sobresalientes defensores de una «ciencia de la política» trataron de beneficiarse de los procedimientos y enseñanzas de algunas de las más importantes Universidades europeas (5).

Por la década de los 30 se produjo nuevamente una súbita reviviscencia de las influencias europeas al ser enriquecida la vida de las Universidades americanas por el importante aflujo de escolares refugiados.

Un número de estos escolares que vinieron a ocupar posiciones predominantes en los departamentos de sociología y ciencia política insistieron en la pertinencia de aplicar teorías sociológicas e incluso psicológicas para la comprensión de la política. Ellos fueron quienes llamaron la atención sobre la importancia de Marx, Durkheim, Freud, Pareto, Mosca, Weber, Michels y otros. Aun cuando algunos de ellos iban a rechazar más tarde el método

(5) Cfr. BERNARD CRICK, obra citada, págs. 21-31. Anota CRICK que el V Volumen de los Estudios de Historia y Ciencia Política de la Universidad John Hopkins publicó un largo estudio, editado por Andrew D. White, titulado «Escuelas europeas de Historia y política», diciembre de 1887. En ese volumen figuraba también su discurso pronunciado en John Hopkins sobre «La educación en la ciencia política», junto con algunos artículos sobre «lo que podemos aprender» de los más importantes países europeos (Fn., I, pág. 27).

conductista, precisamente a causa de que creyeron que era demasiado estrecho, hombres como Franz Neumann, Siegmund Neumann, Paul Lazarsfeld, Hans Speier, Hans Gerth, Reinhardt Bendix y muchos otros ejercieron, ya directa o indirectamente, una profunda influencia sobre la investigación política en los Estados Unidos. La sociología política empezó a florecer y los científicos de la política descubrieron que sus colegas sociológicos estaban moviéndose veloz y hábilmente hacia zonas que ellos habían considerado como propias desde hacía mucho tiempo.

La Segunda Guerra Mundial estimuló también el desarrollo del método conductista en los Estados Unidos, puesto que un enorme número de científicos americanos de la política desalojaron sus torres de marfil y establecieron contacto físico con las cotidianas realidades políticas y administrativas que aparecían en Wáshington o en cualquier otra parte. Toda una generación de ciencia política americana surgió más tarde de estas experiencias. Yo creo que la confrontación de la teoría y la realidad provocó en la mayor parte de los hombres que desempeñaban sus funciones en Wáshington u otras partes un poderoso sentimiento de lo inadecuados que eran los movimientos convencionales de la ciencia política en su intento de descripción de la realidad para no hablar de su intento de predecir lo que tenía más probabilidades de suceder en una situación dada.

Posiblemente un impulso todavía mayor —no desconectado de los efectos de la guerra— procedió del Social Science Research Council, Organismo que está ejerciendo un impacto silencioso, pero creciente, sobre la ciencia social americana. El presidente del Council durante las dos últimas décadas ha sido un distinguido científico de la política, E. Pendleton Herring. La propia obra de Herring antes de asumir la presidencia del Council en 1948 reflejaba una preocupación por el realismo, por romper las ataduras de la investigación confinada totalmente al ámbito de los libros y por la influencia de individuos o grupos sobre la política y la Administración. A mediados de la década de 1940, Herring fué el instrumento de creación de un Comité del Social Science Research Council sobre el comportamiento político. El informe anual del Social Science Research Council correspondiente a 1944-45 mostraba que el Council había adoptado una

«... decisión respecto a la viabilidad de desarrollar un nuevo método para el estudio del comportamiento político. Enfocado sobre el comportamiento de los individuos en situaciones políticas, este movimiento exige el examen de las relaciones políticas de los hombres —como ciudadanos, administradores y legisladores— a la luz de las disciplinas que puedan clarificar los problemas que surjan,

con objeto de *formular y comprobar hipótesis* en relación con *uniformidades de comportamiento* en diferentes escenarios institucionales». (El subrayado es añadido.)

En 1945, el Council creó un Comité sobre comportamiento político, con Herring como presidente. Los otros tres miembros (6) eran también científicos de la política bien conocidos y con preocupaciones específicas respecto a la situación de la ciencia política convencional. En 1949, el Council, junto con el Departamento de Ciencia Política y el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan, realizó una Conferencia, de una semana de duración, en Ann Arbor, en torno al tema de «La investigación sobre el comportamiento político». Los asuntos tratados contribuyeron a facilitar una definición implícita del término. Se presentaron documentos sobre política regional, sobre las posibles aportaciones de ciencias sociales de contenido similar (es decir, George P. Murdoch, el antropólogo, trató de «La posibilidad de una ciencia social general de gobierno»), actitudes políticas del comportamiento ante el voto, grupos y problemas metodológicos (7).

Hacia fines de 1949 se estableció un nuevo Comité del Social Science Research Council para el estudio del comportamiento político, con V. O. Key, Jr., como presidente. En 1950, el recién creado Comité definió sucintamente su tarea: «El Comité emprenderá el *desarrollo de teorías y mejora de métodos* que son necesarios si la *investigación de la ciencia social* sobre el *proceso político* ha de ser más eficaz» (8). Este Comité ha sido un activo estimulante del desarrollo del método conductista hasta los días actuales; en realidad, en años recientes —bajo la presidencia de David Truman— el Comité ha otorgado también becas de investigación.

El quinto factor fué el rápido crecimiento del método de inspección (*Survey*) como instrumento disponible para el estudio de actitudes y preferencias políticas, y concretamente para el estudio del comportamiento de los votantes. Mientras que Tingsten había tenido que confiar necesariamente en estadísticas electorales globales, el método de inspección facilitaba acceso directo al conocimiento de las características y comportamiento de los individuos; ventaja que no podrá menos de reconocer cualquiera que haya trabajado con cifras globales. A medida que los métodos de inspección se hicieron más y más científicos, especialmente bajo los auspicios del Survey

(6) HERBERT EMMERICH, CHARLES S. HYNEMAN y V. O. KEY, Jr.

(7) ALEXANDER HEARD: «Research on Political Behavior: Report of a Conference», *Items*, Social Science Research Council, diciembre 1949; págs. 41-44.

(8) Social Science Research Council, *Items*, junio 1950; pág. 20. (El subrayado se ha añadido.)

Research Center, de la Universidad de Michigan, y del Bureau of Applied Social Research de Columbia, los científicos de la política encontraron que su presunto monopolio de la habilidad para la interpretación científica del voto y de las elecciones acababa de ser destruido sin miramientos por sociólogos y sociopsicólogos, que en una serie de precursores estudios sobre las elecciones presidenciales dieron comienzo a la conversión del análisis del voto, el cual, de una historia brillante, pero impresionista, o de un periodismo perspicaz, se transforma en una ciencia empírica más pedestre, pero también más impresionante y convincente. Para los científicos de la política, insatisfechos con los métodos y maneras convencionales de la disciplina, los nuevos estudios sobre el voto representaron un elemento alentador. A pesar de defectos obvios, los estudios sobre el voto parecían permitir la esperanza de que si los científicos de la política conseguían llegar a dominar los instrumentos empleados en otras ciencias sociales —método de inspección y análisis estadístico, por ejemplo— podrían ir más allá de plausibles generalidades y proceder a verificar hipótesis sobre cómo se comporta la gente para realizar y decidir sus preferencias políticas.

Un sexto factor que debe ser mencionado es la influencia de aquellas instituciones exclusivamente americanas, las grandes fundaciones filantrópicas —Carnegie, Rockefeller y, más recientemente, Ford—, las cuales, a causa de sus enormes contribuciones financieras a la investigación científica y de la inevitable selección entre propuestas concurrentes que ello lleva consigo, ejercen un efecto considerable sobre la comunidad académica. La relación entre política de fundación y tendencias corrientes de la investigación académica es demasiado compleja para una fácil generalización. En este sentido, la declaración más simple y precisa es que la relación es recíproca en muy alto grado: los Consejos rectores de las fundaciones son extremadamente sensibles a las opiniones de los investigadores distinguidos en los cuales depositan confiadamente sus esperanzas de consejo. Al mismo tiempo, como quiera que incluso los recursos de las fundaciones son escasos, la política de los administradores y Consejos rectores de las fundaciones deben inevitablemente alentar o facilitar ciertas líneas de investigación en mayor medida que otras. Si las fundaciones han sido hostiles al método conductista, no puede caber duda alguna respecto a que ello debió de constituir una postura verdaderamente difícil. En efecto, la investigación sobre el comportamiento entraña, de forma característica, costes mucho mayores que los que necesita el investigador individual en el ambiente de los libros, y algunas veces, como sucede con los estudios sobre el voto en las elecciones presidenciales, la investigación del comportamiento es enormemente cara. No obstante, en el período siguiente a la Segunda Guerra Mundial, las funda-

ciones —reflejando tendencias importantes dentro de las ciencias sociales, estimadas por los factores que ya he mencionado— evidenciaron una inclinación a considerar con simpatía los estudios interdisciplinarios y del comportamiento. La Fundación Rockefeller, por ejemplo, contribuyó a la financiación de los primeros estudios globales, a cargo de Lazarsfeld, Berelson y Gaudet sobre las votaciones presidenciales de 1940 en el condado de Erie (Ohio), y financió, con carácter casi exclusivo, los carísimos estudios electorales del Survey Research Center, de la Universidad de Michigan. En la más reciente y rica de las fundaciones, la Ford, el Programa de Ciencias del Comportamiento —de corta existencia— probablemente aumentó la utilización y aceptación de la noción de «Ciencias del Comportamiento» como algo a la vez más conductista y más científico que las ciencias sociales. (Confieso que la distinción se me presenta todavía oscura, a pesar de los esforzados intentos de un número de científicos del comportamiento para ponerme en el buen camino.) La creación más persistente del Programa de Ciencias del Comportamiento de la Ford es el Center for Advanced Study de las Ciencias del Comportamiento, en Palo Alto. Aunque el Centro ha montado su dominio de la forma más católica —los «chicos» de un año cualquiera representan formaciones matemáticas, filosóficas, históricas e incluso novelísticas— en los años primeros los científicos de la política que seguían cursos en dicho Centro tendían a estar descontentos con los métodos tradicionales, inclinándose por un estudio más rigurosamente empírico y científico de la política e interesándose más profundamente en el aprendizaje a partir de cualesquiera otras ciencias sociales que lo hicieran posible.

Todos estos factores, y otros sin duda, fructificaron en la década de los 50. El método conductista creció desde las opiniones torcidas e impopulares de un sector de menor cuantía hasta convertirse en un elemento de mayor importancia. Muchos de los radicales de los años 30 (profesionalmente hablando) se habían transformado, en el período de dos décadas, en los líderes establecidos de la ciencia política americana.

Hoy, muchos departamentos americanos de ciencia política (incluyendo el mío propio) dan cursos de Comportamiento Político, con o sin diploma. Por lo menos, en una institución (Universidad de Michigan), el comportamiento político no constituye solamente un curso, sino un campo de estudio diplomado, equivalente a sectores convencionales, tales como la Teoría Política, Administración Pública, etc.; no puedo menos de anotar con envidia que recientemente estos cursos han recibido el sólido apuntalamiento de pingües becas.

La presidencia de la American Political Science Association aporta un símbolo muy expresivo de este cambio. Desde 1927, en que Merriam fué

elegido presidente, hasta 1950, ninguno de los presidentes se identificó de forma destacada como abogado del método conductista. La elección de Peter Odegard en 1950 podría ser considerada como el punto de giro. Desde ese momento la presidencia fué ocupada por uno de los estudiantes de Merriam, a la vez el más brillante y el menos convencional intelectualmente: Harold Lasswell, y posteriormente, por tres de los cuatro miembros del primer Comité de Comportamiento Político del Social Science Research Council.

De esta forma, los sectarios revolucionarios se han encontrado a sí mismos, quizá más pronto de lo que creyeron posible, convertidos en miembros del establecimiento.

II

Sin embargo, todavía no he contestado la dichosa pregunta que yo mismo he planteado, aunque es posible que haya facilitado ya algunos materiales de los que pueda extraerse una respuesta. ¿Qué es lo que realmente es el método conductista en la ciencia política?

Históricamente hablando, el método conductista fué un movimiento de protesta dentro de la ciencia política. Por su utilización partidista, en parte como una especie de epíteto, términos tales como comportamiento político y método conductista llegaron a quedar relacionados con un número de científicos de la política, principalmente americanos, que compartían un fuerte sentimiento de insatisfacción por las realizaciones de la ciencia política convencional, principalmente en los terrenos histórico, filosófico y descriptivo-institucional, junto con una creencia de que debían existir o podían ser desarrollados métodos o procedimientos adicionales que pudieran aportar a la ciencia política proposiciones empíricas y teorías de naturaleza sistemática, comprobadas por observaciones más estrechas, más directas y más rigurosamente controladas de los acontecimientos políticos.

Por lo menos, pues, aquellos que alguna vez fueron llamados conductistas (*behaviorists* o *behaviorialists*) tenían una nota común: el escepticismo ante los logros intelectuales normales de la ciencia política, la simpatía hacia las «formas» científicas de investigación y análisis, y el optimismo respecto a las posibilidades de mejorar el estudio de la política.

¿Fué —o es— el método conductista algo más que tales disposiciones de ánimo? ¿Existen quizá creencias definidas, presunciones, métodos o tópicos que puedan ser identificados como elementos constitutivos del comportamiento político o del método conductista?

Por lo que yo mismo puedo decir, existen tres respuestas diferentes a esta pregunta entre aquellos que emplean el término con todo cuidado.

La primera respuesta es un inequívoco *Sí*. Se dice que el comportamiento político se refiere al estudio de *individuos* más que al estudio de unidades políticas mayores. Este sentido está claro en el informe del Social Science Research Council para 1944-45 (que he citado antes), el cual prefiguró la creación del Comité de Comportamiento Político. Esta fué también la manera como David Easton definió el término en su profundo análisis y crítica de la ciencia política americana publicado en 1953 (9). En este sentido, Tingsten, Lasswell y los estudios del comportamiento ante el voto son ejemplos primarios de método conductista.

La segunda respuesta es un inequívoco *No*. En su reciente obra *Political Science: A Philosophical Analysis*, 1960, Vernon van Dyke observa: «Aunque algunas veces se aventuran definiciones estipulativas para el término comportamiento político, como sucede cuando se da este título a un libro o curso, ninguna de tales definiciones ha obtenido el refrendo general» (10). Probablemente el más elocuente y sonoro *No* fué aportado hace tres años por un editorial aparecido en *P. R. O. D.*, periódico considerado por algunos científicos americanos de la política y por muchos de sus lectores como el auténtico portavoz de las más nuevas corrientes vanguardistas del comportamiento político. Como alumno a la vez del Departamento de Merriam en Chicago y del Comité del Comportamiento Político, de Social Science Research Council, el editor de *P. R. O. D.*, Alfred de Grazia, debe hablar presumiblemente con autoridad. Niega él que el término se refiera a materia alguna subjetiva, ni a un núcleo interdisciplinario, ni a cuantificación, ni a ningún esfuerzo específico dirigido hacia nuevos métodos, ni a la psicología del comportamiento, ni al realismo como actitud opuesta al idealismo, ni

(9) «¿A qué clase de investigación se refiere precisamente el concepto de comportamiento político? Está claro que este término indica que el investigador desea mirar a los que participan en el sistema político como individuos que tienen emociones, prejuicios y predisposiciones de seres humanos, tal como los conocemos en nuestra vida ordinaria... La investigación conductista, por consiguiente, ha tratado de elevar al ser humano hasta el centro de la atención. Su premisa es que los tradicionalistas han estado materializando instituciones y considerándolas virtualmente como entidades aparte de los individuos que las componen... para indicar que están estudiando el proceso político por medio de la observación de la relación de tal proceso con las motivaciones, personalidades o sentimientos de los participantes como seres humanos individuales.» DAVID EASTON: *The Political System*, 1953; págs. 201-205.

(10) Como veremos, VAN DYKE distingue el término «método conductista» de «comportamiento político».

al empirismo como contraste de los sistemas deductivos, ni al comportamiento ante el voto, ni —en realidad— a ninguna otra cosa que no sea ciencia política concebida como algo que algunos quisieran que la ciencia política fuese. Propuso que el término fuese abandonado (11).

La tercera postura no es quizá otra cosa que una forma más elaborada de la actitud que he mencionado hace unos momentos. De acuerdo con esta postura, el método conductista es un intento de mejorar nuestra comprensión de la política buscando una explicación a los aspectos empíricos de la vida política por medio de métodos, teorías y criterios de prueba que resulten aceptables de acuerdo con los cánones, convenciones y presunciones de la moderna ciencia empírica. En tal sentido, el «método conductista —como observó recientemente un escritor— se distingue principalmente por la naturaleza del propósito que está destinado a servir. El propósito es científico...» (12).

Yo creo que si consideramos el método conductista en la ciencia política simplemente como un intento de hacer más científico el componente empírico de la disciplina, tal como generalmente se entiende aquel término en las ciencias empíricas, una gran parte de la historia a que me he referido encaja perfectamente en su lugar. En un ensayo hondo, inteligente y casi completamente ignorado, titulado *The Implications of Political Behavior Research*, David Truman —escribiendo en 1951— definió los frutos de un seminario sobre comportamiento político celebrado en la Universidad de Chicago en el verano de 1951. Creo que no es falso afirmar que las opiniones avanzadas por Truman en 1951 han sido compartidas en los años que siguieron por los miembros del Comité del Comportamiento Político.

«Definido a grandes trazos —escribió—, el término comportamiento político comprende aquellas acciones e interacciones de los hombres y grupos que se hallan incluídos en el proceso del Gobierno...»

«Como máximo, este concepto enmarca en la rúbrica de comportamiento político cualquier actividad humana de la que pueda decirse que es parte del Gobierno.»

«Hablando propiamente, el comportamiento político no es un campo de la ciencia social; ni siquiera es un campo de la ciencia política.»

«El comportamiento político no es ni debe ser una especialidad, ya que representa más bien una orientación o un punto de vista dirigido a *manifestar todos los fenómenos de gobierno en términos de comportamiento humano observado y observable*. Tratarlo como un "campo" coordinado con (y

(11) «¿Qué es comportamiento político?», P. R. O. D., julio 1958.

(12) *Ibid.*, pág. 159.

presumiblemente aislado de) el Derecho público, el Gobierno local y estatal, las relaciones internacionales, etc., sería frustrar su objetivo más importante. Este objetivo incluye una eventual re-elaboración y ampliación de la mayor parte de los "campos" convencionales de la ciencia política...»

«Los acontecimientos que subrayan el interés corriente por el comportamiento político implican dos exigencias básicas para una adecuada investigación. En primer lugar, la investigación debe ser sistemática... Esto significa que la investigación debe crecer a partir de una declaración precisa de hipótesis y de un ordenamiento riguroso de la evidencia... En segundo lugar, la investigación del comportamiento político debe utilizar con énfasis singular los métodos empíricos... El empirismo crudo, no acompañado por la guía de una teoría adecuada, casi ciertamente será estéril. Igualmente estéril es la especulación, que no es, o no puede ser, sometida a comprobación empírica.»

"El objetivo final del estudiante del comportamiento político es el desarrollo de una ciencia del proceso político..." (13).

Truman llamó la atención sobre las ventajas de recurrir a las otras ciencias sociales, y previno contra los préstamos tomados de ellas sin selección. Argüía él que la orientación del comportamiento político tiende necesariamente a ser cuantitativa en donde quiera que sea posible. Pero el estudiante del comportamiento político trata con la institución política y se encuentra obligado a desarrollar su tarea en *términos cuantitativos, si puede, y en términos cualitativos, si debe*. (El subrayado es añadido.) Se mostró de acuerdo en que la investigación sobre lo que los hombres deben hacer o sobre cómo los hombres deben actuar no debe interesar a la investigación del comportamiento político, pero insistió en la importancia de estudiar valores como «claramente determinantes del comportamiento humano».

«Además, en la investigación del comportamiento político, al igual que en las Ciencias Naturales, los valores del investigador tienen importancia en la selección de los objetos y líneas de estudio... Una razón sobresaliente que debe presidir todo estudio en torno al comportamiento político ha de ser el intento de descubrir uniformidades, y a través de este descubrimiento, hallarse en mejores condiciones para señalar las consecuencias de tales estructuras y de la política pública, existente o propuesta, para el mantenimiento o desarrollo de un sistema preferido de valores políticos.»

Truman negó que «la orientación del comportamiento político implique el romper con el conocimiento histórico». «El conocimiento histórico tiene

(13) Social Science Research Council, *Items*, diciembre 1951; págs. 37-39. (Se ha añadido el subrayado.)

probabilidades de ser un suplemento esencial para la observación contemporánea del comportamiento político.» Finalmente, mientras que, de una parte, sugería que la formación convencional de los científicos de la política necesitaba ser suplementada y modificada, de otra parte oponía Truman la noción de que el método conductista exigía «la eliminación de la formación tradicional...»

«Todo nuevo punto de partida en una disciplina dada debe levantarse sobre las realizaciones del pasado. Aunque una gran parte de la literatura política existente puede resultar impresionista, no puede negarse ni su importancia en cuanto a extensión, ni su riqueza en clarividentes observaciones. Sin un dominio de los sectores significativos de tal literatura, la investigación del comportamiento será probablemente ingenua e improductiva... Numerosos intentos realizados por personas no familiarizadas con los hechos sistematizados (han resultado) sustancialmente ingenuos, aun cuando hayan sido realizados por procedimientos metodológicamente sólidos.»

Me he extendido en citar a Truman por varias razones: porque estoy plenamente de acuerdo con él, porque sus opiniones fueron expresadas hace una década, cuando los abogados del método conductista estaban tratando de conseguir todavía la aceptación y autodefinición; porque estas opiniones han sido ignoradas o desechadas y porque creo que si los partidarios y críticos del método conductista y del comportamiento político las hubieran leído, entendido y aceptado como una declaración básica de objetivos, una gran parte de la discusión irrelevante, anodina y mal informada sobre el método conductista en los últimos diez años no hubiera ocurrido nunca, o al menos, hubiera trascendido a un más alto nivel intelectual.

III

Así, pues, el método conductista podía quizá ser denominado con mejor criterio la postura conductista (*Behavioral Mood*), o incluso mejor aún, la perspectiva científica (*Scientific Outlook*).

Explicar el método conductista como algo que no es ni más ni menos que un énfasis sobre el término «ciencia», en la frase «ciencia política» deja sin respuesta todas las preguntas que pudieran suscitarse respecto a las realizaciones actuales o potenciales de esta actitud de protesta, escepticismo, reforma y optimismo. Afortunadamente, existe un elemento de autocorrección en la vida intelectual. Un intento de aumentar la competencia científica de los estudios políticos será juzgado inevitablemente por sus resultados, y los jueces de la generación venidera compartirán el escepticismo de la pa-

sada. Si una atención más estrecha a las sutilezas metodológicas, a los problemas de observación y verificación, a la labor de dar significado operativo a los conceptos políticos, a la cuantificación y a la comprobación, a la eliminación de variables concurrentes improductivas, a las fuentes de datos, hipótesis y teorías de otras ciencias sociales, si todas estas actividades no facilitan explicación a algunos importantes aspectos de la política más completamente experimentados, menos abiertos a las objeciones metodológicas, más ricos en elementos radicales originarios de ulterior explicación y más útiles —para enfrentarse con los eternos problemas de la vida política— que las explicaciones que están destinados a reemplazar; si, en resumen, los resultados de una observación científica no están a la altura de los niveles que los investigadores serios de la ciencia política han intentado siempre aplicar, podremos esperar confiadamente que el intento de construir una ciencia empírica de la política perderá en la próxima generación todo el ímpetu que había acumulado en la pasada.

Los representantes de la «perspectiva científica» tienen razón, me parece, al afirmar que es un poco temprano para apreciar los resultados. Necesitaremos otra generación, el trabajo de otra generación, para que podamos situar en perspectiva los resultados de esta nueva actitud y postura en la ciencia política. Sin embargo, creo que puede ser útil realizar una tentativa de valoración, aun cuando sea deliberadamente incompleta.

El mejor y más antiguo ejemplo de la aplicación de la observación científica moderna al trabajo puede encontrarse en los estudios sobre el comportamiento ante el voto realizados con el empleo del método de inspección (*Survey*). Tales estudios comienzan con *The People's Choice* (14), estudio de las elecciones presidenciales de 1940, publicado por primera vez en 1944, y terminan —al menos por el momento— con el magnífico estudio de las elecciones de 1956 titulado *The American Voter* (15). No hay exageración en decir que en menos de dos décadas esta serie de estudios ha alterado significativamente y ahondado de forma considerable nuestra comprensión de lo que en algunos aspectos constituye la acción más distintiva del ciudadano de una democracia: decidir cómo votar, o incluso decidir si votar o no, en unas elecciones nacionales. Cada estudio ha aprovechado los resultados del anterior, y a medida que científicos de la política ampliamente formados han comenzado a trabajar sobre estos estudios en cooperación con

(14) PAUL F. LAZARSFELD, BERNARD BERELSON y HAZEL GAUDET: *The People's Choice*, New York, 1944.

(15) ANGUS CAMPBELL, PHILIP CONVERSE, DONALD STOKES y WARREN MILLER: *The American Voter*, New York, 1960.

sociólogos y psicosociólogos, la contribución de tales estudios a nuestra comprensión de la política —más que la psicología individual— ha aumentado considerablemente. Sobre muchos tópicos en los cuales hace sólo una generación no disponíamos de mucho más que una pequeña evidencia impresionista, podemos hablar hoy con alguna confianza. Aunque en un terreno tan ambiguo y rico en contradictorias hipótesis como la ciencia política es casi siempre posible considerar un hallazgo como simple confirmación de lo que es obvio, de hecho un número de tales hallazgos apuntan en direcciones más bien inesperadas; por ejemplo, que los votantes «independientes» tienden a ser menos interesados, comprometidos o informados que los votantes partidistas; que la «clase» socio-económica, ya se defina de forma objetiva o subjetiva, no es factor de peso constante en las elecciones presidenciales americanas, sino un factor variable sujeto a grandes oscilaciones; que solamente una parte microscópica de los votantes americanos posee perspectivas ideológicas, aunque sea sin cohesión definida, que ejerzan influencia sobre sus decisiones. Cuando uno podía haber mantenido antes estas proposiciones o sus contrarias con idéntica verosimilitud, la evidencia de los estudios sobre el voto tiende a manifestarse ahora en una sola dirección. Además —y esto es quizá el punto más importante—, estos estudios son acumulativos. Los primeros estudios eran muy incompletos, y en muchos aspectos, insatisfactorios. Estaban sujetos a una gran cantidad de crítica, lo que era perfectamente adecuado. Ni siquiera los últimos realizados escaparán sin daño. Pero me parece que se ha producido una mejora sostenida y manifiesta en calidad, amplitud y profundidad.

Creo que los estudios sobre el voto pueden haber facilitado un estímulo directo a la «perspectiva científica» a causa de un efecto psicológico. Parece estar fuera de toda duda que los científicos de la política, particularmente los más jóvenes, compararon los resultados obtenidos por los métodos utilizados en los estudios sobre el voto con los resultados normales de los procedimientos convencionales y llegaron a la inferencia —que probablemente es falsa— de que la aplicación en otros sectores cualesquiera de nuevos métodos similares podría producir ganancias similares también en los resultados.

En donde la «perspectiva científica» ha producido, en mi opinión, algunos resultados útiles y seguros, y de gran importancia para la comprensión de la política, es en el dominio general de la participación política. Una lista de los títulos de los capítulos de la obra de Robert E. Lane *Political Life*, 1959, revela el tipo de materia en la que nuestro conocimiento está mucho más fuerte de lo que estaba hace solamente unos pocos años: «Quién toma parte en las elecciones y qué es lo que se hace. Quién trata de influir

sobre los funcionarios públicos y cómo lo hace. Discusión política: Quién presta atención y a qué se presta atención. Quién habla a quién. Por qué la gente de inferior condición participa menos que la de superior condición. La intervención de lo étnico en la política, etc.»

Como no me siento responsable de realizar un inventario completo, me limitaré a mencionar un tema más en el cual se ha dejado sentir claramente la postura conductista. Se trata de la comprensión de las características psicológicas del *homo politicus*: actitudes, creencias, predisposiciones, factores de la personalidad. La gama de investigadores e investigaciones «conductistas» en esta zona es muy amplia, aun cuando ni los investigadores ni la investigación llevan siempre la etiqueta de «ciencia política». Unos pocos nombres, títulos y tópicos pondrán de relieve lo que tengo en mi mente: Lasswell, el gran precursor americano en este campo; Cantril, Lane, Mac Closky, Adorno et al., *The Authoritarian Personality*; Almond, *The Appeals of Communism*; Stouffer, *Communism, Conformity and Civil Liberties*, y Lipset, «Working Class Authoritarianism», en *Political Man*. El hecho de que estos estudiosos porten diferentes etiquetas profesionales —sociólogo, psicólogo, científico de la política— y la circunstancia de que no es fácil deducir por el marchamo profesional o departamental del autor el carácter del trabajo realizado, puede ser considerado por algunos científicos de la política como un sorprendente signo de desintegración de las propiedades distintivas de la ciencia política, pero representa también un signo de la extensión e importancia que ha llegado a alcanzar la preocupación de algunos científicos «conductistas» con problemas comunes para salvar (aunque no para eliminar totalmente) las diferencias nacidas de los orígenes profesionales.

IV

¿Qué puede decirse de los resultados obtenidos en otras materias que han constituido siempre preocupación para los investigadores de la vida política? Hay cierto número de aspectos importantes en los estudios políticos en los que la postura conductista ha tenido y está teniendo, o probablemente tendrá pronto la característica de un impacto, pero en los que no tenemos más remedio que reservar por el momento nuestro juicio crítico por la sencilla razón de que los resultados son excesivamente escasos.

Un buen ejemplo es el análisis de los *sistemas* políticos. Los resultados más patentes de la postura conductista se han referido hasta ahora al mundo de los *individuos* —individuos que votan, participan de otras formas en lo política o expresan ciertas actitudes o creencias—. Pero un individuo no es

un sistema político, y el análisis de las preferencias individuales no puede explicar totalmente las decisiones colectivas, ya que necesitamos, además, comprender los mecanismos en virtud de los cuales las decisiones individuales se congregan y combinan para formar decisiones colectivas. No podemos partir del estudio de las actitudes de una muestra al azar de unos ciudadanos americanos para llegar a una plena explicación de, por ejemplo, los nombramientos presidenciales o de los permanentes problemas de coordinación política de los Estados Unidos.

A pesar de todo, una preocupación clásica de los estudiantes de la ciencia política ha sido el análisis de *sistemas* de individuos y grupos. Aunque el impacto de la observación científica en el estudio de los sistemas políticos no es todavía claro, existen ya algunos indicios en el ambiente. En *Union Democracy*, los autores Lipset, Trow y Coleman aportaron la postura conductista y los recursos intelectuales de tres científicos sociales ampliamente formados como contribución a la tarea de explicar cómo es que se mantiene un sistema legítimo de dos partidos en la International Typographers' Union, a diferencia de lo que sucede en otros Sindicatos americanos. Recientemente, un cierto número de científicos de la política han seguido los pasos de los sociólogos para el estudio de las comunidades locales como sistemas de influencia o como elementos configuradores de decisión (16). Deutsch refleja la postura conductista en su estudio de los sistemas políticos internacionales (17). Se hallan en preparación otros estudios que pueden ayudarnos a formular algunas respuestas nuevas, aunque no sean más persuasivas, a algunas viejas cuestiones (18). Pero mientras no se disponga de mayor evidencia, cualquiera que no crea que conoce «a priori» el resultado de

(16) Cfr. JANOWITZ, ed.: *Community Political Systems*, 1961. EDWARD BANFIELD: *Political Influence*, 1961, y el estudio inglés realizado por BIRCH y sus colegas de la Universidad de Manchester: *Small Town Politics*, 1959.

(17) Por ejemplo, en su *Nationalism and Social Communication*, 1953. Véase también su reciente artículo con el economista ALEXANDER ECKSTEIN: «National Industrialization and the Declining Share of the International Economic Sector, 1890-1959», en *World Politics*, enero 1961; págs. 267-299.

(18) Como interesante ejemplo de la aplicación de la postura conductista a la política comparada, véase «Parties, Elections and Political Behavior in the Northern Countries: A Review of Recent Research», de STEIN ROKKAN y HENRY VALEN, en *Politische Forschung*, 1960. Probablemente el intento más ambicioso realizado para aplicar los métodos de inspección a la política comparada está representado por un estudio de socialización política y valores políticos en cinco naciones, dirigido por GABRIEL A. ALMOND; este estudio no ha sido terminado todavía.

esta actual expresión de la antigua búsqueda académica en pos del conocimiento merecerá ser disculpado si se reserva su juicio y espera el futuro con escepticismo, mezclado, según sus prejuicios, con esperanza y temor.

V

¿Adónde irá a parar desde aquí la postura conductista, considerada como un movimiento de protesta? Creo que desaparecerá gradualmente. Con esta opinión quiero significar solamente que tal postura decaerá lentamente como actitud y perspectiva diferenciada. Se incorporará, y realmente se está incorporando ya, al cuerpo principal de la disciplina. La postura conductista no desaparecerá, pues, porque haya fracasado. Desaparecerá porque ha tenido éxito. Como perspectiva separada, ligeramente sectaria y matizada de facción, será la primera víctima de su propio triunfo.

Con objeto de no ser mal interpretado en lo que voy a decir, permítaseme aclarar que los beneficios presentes y futuros probables de la revolución conductista en los estudios políticos me parece que compensarán sobradamente cualquier desventaja. Para una observación retrospectiva, la revuelta conductista en la ciencia política fué, si acaso, demasiado demorada. Además, en el caso de que esa revuelta no se hubiera producido, la ciencia política se habría ido desgajando progresivamente, creo yo, de las otras ciencias sociales. Una consecuencia de la protesta conductista ha sido la restauración de una cierta unidad dentro de las ciencias sociales al llevar los estudios políticos a una más estrecha filiación con las teorías, métodos, hallazgos y perspectivas de las modernas ciencias psicológicas, sociológicas, antropológicas y económicas.

Pero si la revuelta conductista en la ciencia política ha ayudado a restaurar algunas unidades, ha resquebrajado otras. Y sus fragmentos no podrán ya quizá ser unidos de nuevo siguiendo exactamente las viejas líneas.

Existen, y permítaseme esta forma de hablar, cinco fragmentos que esperan la unidad. Son: la ciencia política empírica, los patrones de evaluación, la Historia, la teoría general y la especulación.

El científico político empírico se preocupa con lo que *es* o *existe*, según él mismo dice, no con lo que *debiera* ser o existir. De aquí que encuentre difícil e incongruente el cargar con el peso histórico del filósofo político que intenta determinar, prescribir, elaborar y utilizar factores éticos —valores, para emplear el término de moda— en la valoración de los actos y sistemas políticos. El investigador de política dotado de conciencia conductista está preparado para *describir* valores como datos empíricos; pero, como cien-

tífico, trata de evitar la prescripción o investigación en terrenos sobre los cuales puedan formularse adecuadamente juicios de valor. ¿Hacia quién, pues, debemos volvernos en busca de guía para movernos entre las intrincadas cuestiones de valoración y evaluación política? Podría decirse que esto es tarea del filósofo político. Pero el problema del filósofo político que desea comprometerse en la valoración política de una manera complicada se hace todavía más formidable al sumársele los resultados de la postura conductista.

Un acto de valoración política no puede ser configurado en un medio estéril, libre de la contaminación de los hechos brutos. Con toda seguridad que no hay nadie hoy, por ejemplo, que pueda considerar inteligentemente los méritos relativos de diferentes sistemas políticos, o de diferentes arreglos dentro de sistemas políticos particulares, a menos que sepa lo que deba ser conocido respecto a la forma en que tales sistemas o arreglos funcionan, lo que se necesita para hacerlos funcionar y los efectos que puedan tener sobre los participantes en ellos. La impaciencia del científico político empírico respecto al filósofo político que insiste en la importancia de los «valores» nace, en parte, de un sentimiento en virtud del cual el filósofo político empeñado en una valoración política rara vez completa todo su trabajo propio. El tópico del «consensus» como condición para la democracia es un caso digno de ser señalado; cuando el filósofo político trata de esta cuestión me parece que realiza típicamente un número de presunciones y afirmaciones de naturaleza empírica, sin atención sistemática a los datos empíricos existentes, o a la posibilidad de obtener mejores datos empíricos (19). Es manifiesto que siempre será necesaria alguna división del trabajo en un campo tan amplio como es el estudio de la política, pero indudablemente este campo necesita más gente que no considere los súbitos cambios de postura —quiero decir, desde la conductista a la filosófica— como grave síntoma de esquizofrenia.

En segundo lugar, en su preocupación por analizar lo que es o existe, el científico político conductista ha llegado a la conclusión de que es difícil hacer uso sistemático de lo *que ha sido o existido*; por ejemplo, la Historia. En un sentido trivial, naturalmente, todo conocimiento de hecho es histórico; pero yo estoy hablando aquí de la Historia del historiador. A pesar de las negativas y aseveraciones en contra, me parece que cabe poca duda

(19) En 1942, en *The New Belief in the Common Man*, C. J. FRIEDRICH lanzó un desafío a las generalizaciones imperantes sobre la necesidad de «consensus» (capítulo V). Sin embargo, su desafío parece haber provocado poca respuesta hasta 1960, año en que PROTHRO y GRIGG informaron sobre los resultados de un estudio empírico del «consensus» sobre proposiciones «democráticas» en Ann Arbor (Michigan) y Tallahassee (Florida). Véanse sus «Fundamental Principles of Democracy», en *Journal of Politics*, mayo 1960; págs. 276-294.

respecto al hecho de que casi todos los estudios que reflejan la postura conductista tienen carácter no histórico. Sin embargo, los defectos científicos de una teoría no histórica en la ciencia política son manifiestos, y los científicos de la política dotados de predisposiciones conductistas son los primeros en admitirlos. Como hacen notar los autores de *The American Voter*:

«En un lenguaje en cierto modo grave, la teoría puede ser caracterizada como una declaración generalizada de interrelaciones de un juego de variables. En estos términos puede decirse que la descripción histórica es una declaración de los valores asumidos por estas variables a través del tiempo...»

«Si la teoría puede guiar las descripciones históricas, el contexto histórico de la mayor parte de la investigación sobre el comportamiento humano establece claras limitaciones del desarrollo de la teoría. Al hacer evolucionar y al verificar sus hipótesis teóricas, el científico de la ciencia social debe depender habitualmente de lo que le es permisible observar en el progreso de la Historia. Es evidente que *ciertas variables de gran importancia en los asuntos humanos pueden ofrecer cambios pequeños o nulos en un período histórico dado*. Como consecuencia de ello, el investigador cuyo trabajo cae en tal período, *puede no ver la significación de estas variables* y puede dejar de incorporarlas a sus declaraciones teóricas. Incluso si percibe su importancia, *la ausencia de variación impedirá una adecuada verificación de hipótesis* que manifieste la relación de estos factores con otras variables de su teoría». (Págs. 8-10. El subrayado se ha añadido.)

Hay, creo yo, un cierto número de nódulos en torno a los cuales puede esperarse que se desarrolle una unidad entre los estudios del comportamiento político y la Historia. Como es irrazonable suponer que algo como todo el campo de la Historia se preste con éxito al método conductista, tanto los historiadores como los científicos de la política debieran buscar objetivos fuera de oportunidad sobre los que hacer pesar las armas forjadas por las modernas ciencias sociales. En este orden de ideas, el trabajo del historiador americano Lee Benson me parece particularmente prometedor. Mediante la aplicación de métodos bastante elementales, que el historiador no siempre se siente inclinado a emplear, entre los que se incluye el simple análisis estadístico, Benson ha mostrado cómo las explicaciones de cinco eminentes historiadores americanos sobre cuatro diferentes elecciones presidenciales son dudosas, si no quiere decirse que son perfectamente absurdas (20).

(20) Los historiadores y las elecciones fueron: ARTHUR SCHLESINGER, Jr., en las elecciones de 1824; SAMUEL E. MORISON y HENRY S. COMMAGER, en la elección de 1860;

El sociólogo S. M. Lipset ha contribuido también con una nueva interpretación de las elecciones de 1860, basada en su análisis del esquema de votaciones del Sur en la elección presidencial de aquel año y en los referéndums sobre la secesión unos pocos meses más tarde (21). Benson ha dedicado también su atención a la famosa interpretación de Charles A. Beard —a la que Beard llamó interpretación económica— sobre la creación y adopción de la Constitución americana, así como a las críticas de última hora sobre la teoría de Beard, expresada en términos ligeramente inconexos. Demuestra de forma convincente, al menos para mí, algunas de las ventajas que pueden resultar de una mayor adulteración metodológica en materias de causación, correlación y empleo de datos cuantitativos que lo que es habitual entre historiadores profesionales (22).

Además de estos objetivos fuera de oportunidad que se presentan de cuando en cuando en los estudios históricos, un problema que exige manifiestamente la atención conjunta del historiador y del científico político conductista es la cuestión del cambio político. En la medida en que el científico de la política esté interesado en obtener una mejor comprensión del cambio político, como sucede, por ejemplo, en los países en desarrollo (para citar un caso de urgente importancia), tal científico tendrá que trabajar con teorías que sólo pueden ser verificadas plenamente contrastándolas contra datos históricos.

Desgraciadamente, el parcialismo ateorico o incluso antiteorico de muchos historiadores convierte a menudo su obra en un almacén de datos tan vasto de contenido, que resulta casi imposible de manejar por el teórico. Mejor que pedir que cada teórico se convierta en su propio historiador, puede resultar más factible solicitar que mayor número de historiadores se conviertan en teóricos, o que, por lo menos, se familiaricen de algún modo con los más importantes temas, problemas y métodos de las modernas ciencias sociales.

He dejado ya implícita la tercera unidad que debe ser establecida; a saber: la unidad entre los estudios políticos empíricos y la preocupación por una teoría general. La perspectiva científica en la ciencia política puede pro-

ALLAN NEVINS, en la elección de 1884, y WILLIAM DIAMOND, en la elección de 1896. Véase su «Research Problems in American Political Historiography», en *Common Frontiers of the Social Sciences*, 1957, editada por KOMAROVSKY.

(21) «The Emergence of the One-Party South - the Election of 1860», en *Political Man*, 1960.

(22) LEE BENSON, TURNER y BEARD: *American Historical Writing Re-Considered*, 1960.

ducir fácilmente una sumisión peligrosa y antifuncional: la sumisión y humildad del científico social que puede tener plena confianza en sus hallazgos sobre materias menores, pero que puede tener dudas respecto a su capacidad para decir algo en absoluto sobre cuestiones de mayor cuantía. El peligro, naturalmente, reside en que la búsqueda de datos empíricos puede convertirse en una absorbente persecución de meras trivialidades, a menos que se cuente con algún sentido de la diferencia existente entre una explicación, que pudiera no tener demasiada importancia incluso en el caso de resultar válida, de acuerdo con los procedimientos más avanzados de que se dispone, y otras explicaciones podría tener enorme importancia si resultara ser un poco más o un poco menos plausible que antes, aun en el caso de que quedara envuelta en alguna duda considerable. Hasta ahora, creo yo, el impacto causado por la perspectiva científica ha sido el de estimular la precaución más que la osadía en la búsqueda de amplias teorías explicatorias. El científico de la política que mezcla escepticismo con rigor metodológico tiene inmediata y dolorosa consciencia de lo inadecuada que resulta una teoría que es llevada mucho más allá de lo que permiten los datos directamente disponibles. Sin embargo, parece claro que, a menos que el estudio de la política dé lugar a, y sea guiado por, amplias y atrevidas teorías generales —aun cuando resultasen altamente vulnerables—, tal estudio quedaría abocado al desastre definitivo de la trivialidad.

Finalmente, me gustaría sugerir que la ciencia política empírica haría bien en hallar un lugar para la especulación. Fácil y grave error en que incurren los estudiantes de la ciencia política, impresionados por las realizaciones de las Ciencias Naturales, es el imitar todos sus métodos, excepto el más crítico: el uso de la imaginación. Ciertos problemas de método y una adecuada preocupación por lo que debería ser considerado como prueba aceptable para una hipótesis empírica se han movido muy propiamente, partiendo de las alas hacia una posición más central dentro del escenario de la ciencia política. Y, a pesar de todo, parece seguro que es la imaginación lo que ha distinguido la inteligencia del gran científico, mientras que la especulación —que con frecuencia resultó ser tonta especulación— ha precedido generalmente a los grandes avances en la teoría científica. Es justo añadir, no obstante, que la especulación de un Galileo, un Kepler, un Newton o un Einstein estuvo prefigurada y controlada por una profunda comprensión de los hechos empíricos tal como se conocían en su tiempo: las especulaciones de Kepler tenían que confrontarse siempre con las tablas de Ticho Brahe.

Existen muchas razones para pensar que de nuevo pueden forjarse unidades. Después de todo, como nos lo recuerdan los nombres de Sócrates,

Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes y Tocqueville, en el pasado ha sufrido alteraciones ocasionales el estudio de la política, y tales alteraciones se han hecho permanentes por la fresca infusión del espíritu de la investigación empírica, lo que equivale a decir: por la perspectiva científica.

ROBERT A. DAHL

R É S U M É

La rapidité des progrès accomplis aux Etats-Unis depuis quelques dizaines d'années par les études de comportement est due à six facteurs:

1. *L'influence de Charles E. Merriam.*
2. *L'influence des spécialistes européens arrivés aux Etats-Unis entre 1930 et 1940, et particulièrement des réfugiés allemands.*
3. *L'expérience administrative et politique acquise par les spécialistes américains pendant la seconde guerre mondiale.*
4. *Les encouragements du Social Science Research Council, et de son Committee on Political Behavior.*
5. *Les méthodes d'enquête, et les résultats des recherches entreprises.*
6. *Les grandes fondations: Carnegie, Rockefeller et Ford.*

Même si les termes political behavior et behavioral approach sont d'usage courant, les spécialistes ne sont guère d'accord sur les caractéristiques qui rendent la behavioral approach différente de la science politique classique. On peut ainsi soutenir que:

1. *L'expression "comportement politique" (political behavior) s'applique aux individus, et non aux unités politiques qui les englobent.*
2. *L'expression political behavior n'a pas de sens précis, et devrait être abandonnée.*
3. *L'optique du comportement (behavioral approach) caractérise les efforts faits pour améliorer notre compréhension des phénomènes politiques en cherchant à expliquer leurs manifestations empiriques par des méthodes, des théories et des critères de preuve conformes aux canons de la science empirique contemporaine.*

Si nous acceptons ce troisième point de vue, l'histoire de la behavioral approach devient pour une large part intelligible. C'est ainsi que dans un article méconnu, publié en 1951 sous les auspices du Committee on Political Behavior du Social Science Research Council, David Truman écrivait que:

1. L'expression "comportement politique" s'applique à "toutes les activités humaines ayant trait du fait de gouverner".
2. L'étude du comportement politique ne désigne pas, et ne devrait pas désigner, une spécialisation ou un domaine de la science politique, car elle ne se caractérise que par un point de vue.
3. Le but du chercheur en science politique est de constituer progressivement une science des processus politiques.
4. L'étude du comportement politique n'exclut ni l'analyse qualitative, ni l'étude des valeurs, ni l'histoire.

Les meilleures illustrations de l'optique du comportement en science politique sont les études de comportement électoral, les études de la participation politique et celles tendant à dégager les caractéristiques de l'homo politicus. La behavioral approach a jusqu'ici produit des résultats moins utiles dans l'analyse des systèmes politiques, mais dans ce domaine aussi il y a quelques exemples intéressants (par ex. Union Democracy, de Lipset, Trow et Coleman).

Une des conséquences de la behavioral approach et de l'esprit qu'elle a développé a été de séparer la science politique empirique de certaines voies traditionnelles; mais la science politique s'est d'autre part rapprochée de la psychologie, de la sociologie, de l'anthropologie, de l'économie politique modernes. Considérée comme un mouvement de protestation, l'école du comportement a pu présenter son point de vue, et disparaîtra probablement après avoir été assimilée par l'ensemble de la science politique. Il faudra toutefois restaurer certaines des liaisons qu'elle a brisées, et notamment celles qui doivent exister entre la science politique empirique et

1. L'analyse des valeurs et des normes politiques.
2. L'histoire.
3. La théorie générale.
4. La spéculation.

S U M M A R Y

The rapid flowering of the Behavioral Approach in the United States in the last several decades resulted from six factors:

1. *The influence of Charles E. Merriam.*
2. *The impact of European scholars arriving in the United States in the 1930s, particularly German refugees.*
3. *The experiences of American political scientists with administration and politics during the Second World War.*
4. *The Social Science Research Council, and its Committee on Political Behavior.*
5. *Survey methods and research findings.*
6. *The great foundations: Carnegie, Rockefeller and Ford.*

Despite widespread use of such terms as Political Behavior and the Behavioral Approach, there is little agreement on what distinguishes the Behavioral Approach from conventional political science. Three answers are:

1. *Political Behavior refers to the study of individuals rather than larger political units.*
2. *The term Political Behavior has no specific meaning and should be dropped.*
3. *The Behavioral Approach is an attempt to improve our understanding of politics by seeking to explain the empirical aspects of political life by methods, theories, and criteria of proof acceptable according to the canons of modern empirical science.*

If we accept the third definition, much of the history of the Behavioral Approach falls into place. Thus in a neglected essay published in 1951 under the auspices of the Social Science Research Council's Committee on Political Behavior, David Truman argued that:

1. *Political behavior covers "any human activities which can be said to be a part of governing".*
2. *Political behavior is not and should not be a field of political science or a specialty for it represents only a point of view.*

3. *The goal of the student of political behavior is the development of a science of the political process.*
4. *The study of political behavior does not exclude qualitative analysis, the study of values, or history.*

The best examples of the Behavioral Approach in political science are studies of voting behavior, studies of political participation, and the psychological characteristics of homo politicus. The Behavioral Approach has so far yielded less fruitful results in the analysis of political systems, although here too there are interesting examples (e. g., Union Democracy, by Lipset, Trow and Coleman).

One consequence of the Behavioral Approach or mood has been to isolate empirical political science from certain traditional approaches; at the same time, however, it has brought political science into closer affiliation with modern psychology, sociology, anthropology and economics. As a movement of protest, the Behavioral Mood has succeeded in making its claims and will probably disappear, having been incorporated into the main body of the discipline. However, some of the shattered unities need to be restored — chiefly the unity of empirical political science with

1. *The analysis of values or political standards.*
2. *History.*
3. *General theory.*
4. *Speculation.*

